

RODOLFO ALONSO

## Tiempos modernos

*Yo vivo en el pasado  
que sostiene mi vida*

*Yo vivo en un pasado  
que sostuvo mi vida*

*Yo vivo del pasado  
que sostendrá mi vida*

3-IX-2009

## Fuego de lenguas

*Dame tu lengua, lenga  
más audazmente bella  
que la mía, y más roja  
que el lujo de otros cielos.  
Fuego de lenguas, fuego  
alto, iluminador  
de lenguas capaces  
de alegrarlo, alegrarlo,*

*alentarlo, alargarlo.  
Leguas de lengas, lenguas  
de vivo rojo, en vivo,  
viviente fuego rojo,  
vida a cargo de sí,  
vida en la vida, lenguas  
hechas de lenguas viejas  
y nuevas, terrestres  
y marinas, llegadas  
y nacidas, aquí,  
contra este gris de roca  
y tierra bendecida,  
cuando lenguas morenas  
nombraron, y rieron,  
a pleno viento, aullaron,  
cantaron, bendijeron,  
antes que la blanca  
hubiera puesto pie  
aquí, salvo el invierno  
desnudador desnudo  
que se forjó palabra,  
nombradoras palabras  
bellas como la luz  
fría y limpia, fuego  
y piel, llamado oscuro  
que así supo brillar,  
para siempre enhebrado  
en sonoros reclamos:  
lengas, ñires, coihues...*

5-IV-12 **C**

## Puertas, trancas y albricias

|  
*En cualquier ciudad hay miles de puertas, abiertas, cerradas, entornadas. En cualquier ciudad del mundo hay miles de llaves.*

*A cada puerta corresponde una llave. La puerta puede desaparecer pero la llave, confeccionada por lo general de materiales más duraderos, más nobles, como el hierro, el acero o diferentes aleaciones basadas en la materia del bronce, duran más.*

*Es frecuente que las puertas de madera se pudran, sobre todo si permanecen a la intemperie, si transcurren cercanas al olvido, sin atención ni cuidado de ninguna especie.*

*Las puertas mueren. Las llaves permanecen.*

*No hay cárcel que dure cien años, ni cuerpo que la tolere. Pero una llave moldeada en aleación puede perdurar a través de los siglos, como un cuchillo sin filo, como una forma sin cuerpo, como una estrella sin luz de su fuente.*

*Las puertas se pudren. Las llaves quedan.*

*Piensen, si no, en las llaves de un panteón.*

*Esas enormes llaves que en las viejas, rancias familias, sirven para abrir, cada vez que se da un difunto, las gruesas alas de las puertas de mármol que ceden con no poca dificultad. Las puertas eternas, singulares, blancas pero sucias, grises de humedad y moho, que van a dar al más allá. Las hojas que custodian los huesos de los seres queridos.*

*Las llaves, por lo general, sobreviven a casi toda cosa en el mundo un tiempo más.*

*Pero con frecuencia se extravían, pierden su puerta, se alejan en el mar de objetos del mundo, se ocultan o sumergen en el agua turbia, en el oleaje interminable, cotidiano, rumoroso, denso.*

## II

### Ladrones sin llave

*Ya no se sabe a qué cerradura, a qué avenida, a qué calle, a qué número correspondía cada llave. Ni qué lugar en el mundo, como una palabra mágica, insólita, abría.*

*Si las llaves son palabras, al perder su puerta quedan mudas, pierden su sonido posible, pierden su oreja correspondiente.*

*Las llaves son un sonido para su puerta.*

*Hay puertas sordas.*

*Uno prueba y no hay caso: no se abren, no ceden. Cerradas para siempre, permanecen sordas al hombre y su pedacito de metal, a su llave breve, enhiesta.*

*Las llaves son lenguas que dicen o no dicen, según, que abren o no abren, según, que ceden o cierran el paso, según, que muestran u ocultan como nubes las estrellas perfectas. Según.*

*Las llaves son eruditas. Saben. Portan un saber manuable que difiere de los libros, del volumen dilatado, celulósico de las enciclopedias.*

*Aunque en cierta forma un manojito de llaves se parezca a un diccionario, aunque en cierta forma una ganzúa se parezca a una palabra de significado muy general, muy extendido y flagrante, como el que corresponde en casi todos los idiomas del mundo a la palabra «cosa».*

*Muleta o muletilla extendida: «thing» en inglés, «sache» en alemán contemporáneo.*

*En español «cosa» proviene del latín, de la misma raíz remota de «causa».*

*Cada «cosa» es una «causa». Las causas son las llaves de los efectos, las que abren las secretas o evidentes consecuencias del porvenir, lo que viene después del día de hoy, el siempre incierto futuro.*

*«Ábrete, sésamo» era a la vez un conjuro compuesto por dos palabras y una llave de aire, de sílabas, de deseo y aliento:*

«Ábrete, sésamo»

*se decía y la inmensa roca, de catorce o veinte toneladas, se corría, se hacía a un lado para que pudieran pasar Alí Babá y sus cuarenta ladrones, para que pudieran traspasar, llegar hasta el lugar secreto y disfrutar en la contemplación de los tesoros hurtados a la humanidad y al tiempo.*

*Ahora hay mucho más que cuarenta ladrones.*

*Los ladrones, los rapiñeros, los sujetos que cometen hurtos y arrebatos están por todas partes, a la orden del día.*

*Algunos, los que escalan las paredes verticales de las lujosas mansiones, o los edificios de veinte pisos, mediante cuerdas y ganchos, los que de un modo u otro se las arreglan para forzar las portezuelas de los automóviles, poseen manojos de ganzúas, pinzas, martillos neumáticos o eléctricos, pero pocos, muy pocos en realidad, conocen el verdadero poder de las llaves, el camino abierto a través de las palabras.*

*Ahora que está lleno de ladrones (muchos de guante blanco, mánagers, gerentes, integrantes de sociedades anónimas o fiduciarias), las llaves están mudas.*

*Las llaves ya no hablan.*

*Ya no hay palabras mágicas. Se acabaron.*

*Ya no dicen su vocal inicial, su consonante ética. Las llaves han perdido sentido.*

*Lenguas duras, metálicas, con muescas. Lenguas únicas y duras.*

### III

#### Las llaves del reino

*En el Vaticano, muy cerca del altar mayor, muy cerca de las columnas torneadas que soñó Bernini, muy cerca del Sagrario donde está el Espíritu Santo y el agua innota de los apóstoles, se halla una estatua de Sócrates que, desde antes de la temprana Edad Media, se hace pasar por San Pedro.*

*Se trata de un hombre delgado, de barba, derecho, enteco, estoico.*

*¿Es San Pedro? ¿Es una imagen de Sócrates, secuestrada de la Antigüedad?*

*¿Qué importa?*

*San Pedro es el que guarda las llaves. No San Pablo.*

*San Pedro.*

*El Padre de la Iglesia.*

### IV

#### El reino de las llaves

*En las cerrajerías hacen copias de cualquier llave, sin preguntar.*

*Si las llaves son como palabras, hay demasiado eco.*

*Cada llave corresponde a una cerradura, cada llave abre el espacio de una habitación secreta.*

*Si las llaves son como palabras, las puertas están abiertas.*

*En el Hotel Wellington, de Madrid, a una cuadra del Parque del Retiro, la llave de la habitación era una tarjeta de plástico a la que un sistema informático había impuesto*

*ciertas muescas, una combinación precisa de líneas cuya clave era válida hasta el día de la partida.*

*Plástico, no metal.*

*Horror informático.*

## V

### Jale o empuje

*En las cafeterías, sobre las puertas, se exhibe un cartel que exhorta:*

*«JALE»*

*o, visto desde el interior del local:*

*«EMPUJE»*

*Esos dos movimientos antinómicos proponen una dialéctica binaria, secuencial, a su modo sencilla.*

*Tesis y antítesis.*

*¿Entre empujar o jalar qué queda? ¿Cuál es la síntesis?*

*Al permanecer, al quedar en el paso indeciso, intermedio, en la duda. ¿Qué resta?*

*Al empujar se sigue una pulsión, la de salir, la de enfrentarse al frío, a la intemperie, a los rigores del calor o de la nieve, alejarse para siempre del aire acondicionado y su velo invisible protector.*

*Al jalar se entra en la tierra encantada, en la tierra de nadie donde no habrá jamás árbol ni sombra, sino sillas de cármica, árboles pintados de cartón y hamburguesas elásticas.*

*Jale o empuje.*

*Sin llave. Sin paraíso terrenal.*

## VI

### Eva y la llave

*Eva Perón llevaba siempre, atada al cuello, una llave.*

*Cuando los militares secuestraron su cuerpo embalsamado, en su pecho, clandestina, hasta Italia, la llave viajó con ella.*

*La llave estuvo enterrada mucho tiempo, en la sombra, crió moho, musgo, rumores.*

*¿Qué abría esa llave?*

*Dicen que la puerta de incalculables tesoros, dicen que nada más que un costurero donde se conservaba un alfiler de punta de perla natural, no de cultivo, que la Duarte amaba mucho.*

*Eva misma, el cadáver, era una llave.*

*Abría y cerraba puertas.*

*Más que Perón. Mejor que Perón.*

*Pero aquella llave de bronce atada al pecho del cadáver aún arroja dudas:*

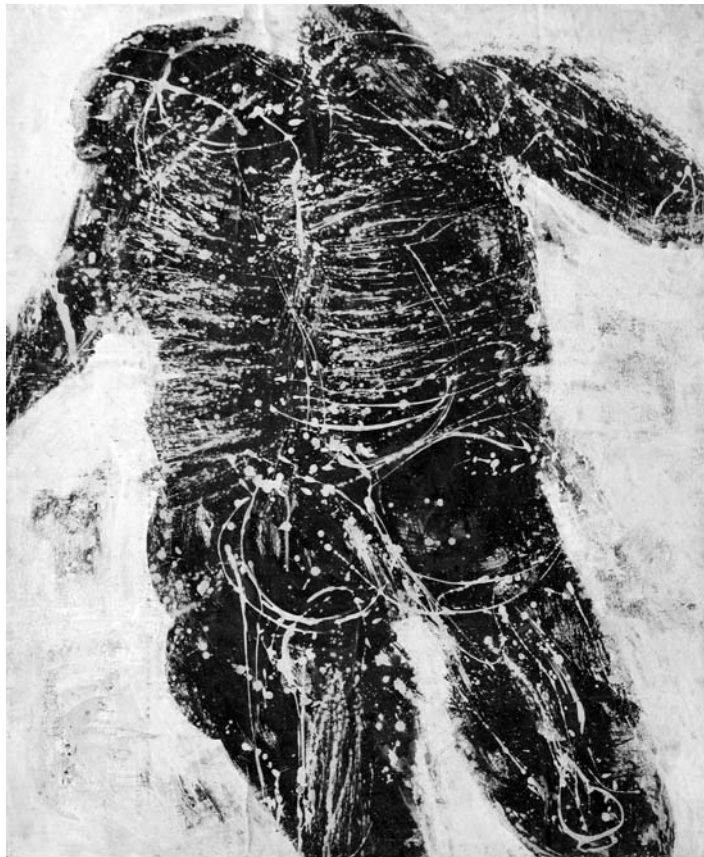
*¿Dónde está?*

*¿Qué hizo el gobierno militar con ella?*

*Ernesto Sábato, al preguntársele, declaró:*

*«No sé nada, de ninguna llave. Solo sé que Eva era peronista, más que Perón, mejor que Perón.*

*No puedo decir nada más».* ©



*S/t, 1965.  
Tinta aguada,  
plantilla  
y acrílico/cartón,  
111 x 93.5 cm*

## Lázaro

*One need not be a chamber to be haunted, / One need not be a house; / The brain has corridors surpassing / Material place.*

[...]

*Ourself, behind ourself concealed, / Should startle most; / Assassin, hid in our apartment, / Be horror's least.*

EMILY DICKINSON, 1863

*«El único cuya muerte fue antes».*

JULIA MAGISTRATTI, 2011

**M**e puse Lázaro, ya que volvía.

Hubiera podido llamarme también Falcone, o Fragata, y hasta Campos, para jugar perversamente con los que fueron mis captores, pero han pasado tantos años que ya ni me interesan.

Todo ha ido perdiendo su sentido, si es que alguna vez lo tuvo, y aquí estoy, sin saber por qué ni para qué volví, sin saber con qué iba a encontrarme. O, mejor dicho, temiéndolo: iba a encontrarme con otras cosas que las que había dejado.

En realidad, no tendría que preguntar tanto: la cuestión no es por qué he vuelto. Fue la consistencia de la vida misma. Mi cuerpo, mis instintos me salvaron, y adónde iba a ir yo. El azar hizo por mí.

Las cosas suceden así; uno cree que dispone de su vida y es ella la que dispone de uno. Siempre, no solo en condiciones realmente extremas.

Fui cercado, fui corrido, fui apresado; dejemos los detalles, que son lo que menos importa.

Padecí, luego, igual que tantos. Como tuve una suerte tan especial, esta de al menos sobrevivir, me parece indigno hablar de sufrimientos, comparados con los de los otros.



Me salvé, y es todo. Me escapé. Zafé, como se decía por ese entonces. Claro que un poco tarde. Cuando el vendaval había pasado. No pude volver, en aquel momento, a mi casa y a mi pueblo. Tenía miedo, estaba desfigurado, estaba muy destruido.

Anduve deambulando. Me fui afuera. Uruguay, Brasil, qué sé yo dónde. Hasta que decidí, una vez más, volver. Al fin, siempre estoy volviendo de otro lado; por eso lo de Lázaro.

Solamente empecé a circular cuando los radicales ganaron la elección. Pero todo seguía tan confuso que también yo seguí: escondido.

Ando, ahora, por las calles de una gran ciudad. No importa de cuál. A veces es una, a veces otra. La preferida, claro está, se llama Buenos Aires. Siempre la deseé, justamente por no haber nacido aquí: de chico envidiaba todo lo que no había en el pueblo, sus colectivos, sus pizzerías, sus helados. Más tarde, su bullicio, sus cines, sus mujeres. Y en estos días, sigue siendo la mejor: es donde hay más gente, donde nadie te ve.

Duermo en cualquier plaza, en cualquier parque, en cualquier boca de subte cuando arrecia el frío. Como lo que me dan o lo que viene. Lo que logro sacar por alguna limosna que me tiran, que recojo.

No me trato con nadie, y nadie me molesta. A veces, los canas me detienen. Como no tengo documentos ni parezco peligroso, paso dos o tres días en una comisaría, mejor alimentado y bajo techo. A veces, me fajan, me pegan un poco, pero son juegos de chicos comparado con lo otro. Y luego me largan porque no saben qué hacer conmigo. Camino, veo, pienso. De cosas mucho peores he salido.

Me conocen así, por Lázaro. Después de todo, no es un nombre tan raro. Y hasta noble parece. Los vagos, los enfermos, los podridos, los reventados, los putos, se me acercan, charlan dos o tres cosas, y al ver que nunca podrán sacarme nada, dejan de darme lata.

Tengo ganas de ir al pueblo. Aunque más no sea por unos días. Aunque más no sea para verla.

Debe haberse casado. Probablemente, seguramente, ha de tener hijos. Siempre los quiso. Parecidos a vos, decía, como supongo deben decir todas las mujeres que están enamoradas.

Si me viera hoy, se espantaría. Hasta dudo que pueda reconocerme. Me amó cuando era vivo. Pero ahora no soy más que un fantasma desde hace mucho tiempo y qué va a sentir por mí.

Antes de meterme en aquellas locuras, o aun cuando andaba en ellas, pensaba qué lindo sería irse alguna vez al norte, a Salta o a Jujuy, y estar allí solo, en lo alto de una montaña, viendo correr los animales, los arroyos, solo. Todo hombre quiere en su vida vivir varias. Me parece que algo logré: al menos, con esta, ya van dos que quería.

Podría, sí, como suele decirse, empezar una nueva vida. Tengo montones de cosas a mi favor: no soy tan viejo, toda una experiencia de lucha, que otros entenderán «de la vida». Sé casi todos los oficios. Inclusive sé robar. Y, naturalmente, matar. Aunque esto último, solo por principios.

A pesar de los golpes, sigo siendo inteligente. Guardo en mi bagaje buenos créditos: el más importante, tal vez, haber sido amigo de mucha gente que, en estos días, está muerta. No sé qué representaría hoy ante ellos, pero, para mí, es un tesoro único.


No siempre, sino algunas veces, cuando te mataban a un gran cumpa, sentías que media vida tuya se iba allí. Y, después, con el tiempo, con el silencio y los días y las horas, te dabas cuenta: tu vida ya no era la misma, tu vida había tenido sentido solo por la presencia de esa gente junto a vos.

Entonces, lo que te dejan los que ya no están, pensado y repensado por los que sobrevivimos es, casi, como si hubieras vivido varias veces. Dolor, amor, una enseñanza que no se dice con palabras, no sé, o con palabras que nunca entenderías.

Aunque todo eso es también como de plomo, una carga pesada que no te deja mover, ser, hacer. Que no te permite soportar a nadie. Haber visto, como quien dice, el otro lado, volver del otro lado, te hace mirar este como una radiografía. Y a la gente, bueno, mal.

Viven cada vez peor, comen cada vez peor, se tratan cada vez peor. Piensan, si es que siguen pensando, de una manera extraña. Nada más que en ellos, y el resto que se muera.

Así y todo, no me arrepiento de haber vuelto. Primero, claro, porque salvé la vida. Y después, porque desde esta otra puedo ver tantas cosas que no vi. Que no vi antes, quiero decir. Cuando la vida era una urgencia, un peligro, una carrera.

Ahora, en cambio, digerido todo lo que no pudo ser, empieza a parecerse a un viaje lento. Acaso de salida, acaso de retorno. Por eso me gusta haberme puesto Lázaro, también. 



*S/t*, 1965.  
Tinta aguada,  
plantilla  
y acrílico/cartón,  
111 x 93.5 cm

---

YOANDY CABRERA

---

## Los sueños de Anu

A JJB

*Aquel que lo vio todo hasta los confines de la tierra  
[...] llevó a cabo un largo viaje.*

POEMA DE GILGAMESH

### Tablilla I

***M**e hubiera sacado los ojos,  
cortado los pies  
para que vieses, para el camino.  
Nada de mí retuvo tu equipaje.*

*Uruk ha quedado como un monstruo de asfalto,  
como un cúmulo de cornisas, columnas, balcones  
que se afilan y cortan venas, órganos, tripas  
en su eterno derrumbe.  
He abandonado esta ciudad sin moverme, sin viajar.  
Todo camino, cada esquina se me ha hecho interior.*

*Fue en abril, Gilgamesh, el primer sueño.  
Los cedros estelares de la noche.  
Los troncos grises de tus ojos.  
Tu torso como un tallo más flexible.*

*Mis amigos te tildaban de altanero,  
no eras un héroe ni un semidiós.*

*«Pastor provinciano», te llamaban.  
Me ofendías, según ellos, con tablillas doradas,  
con tu discurso vibrante.*

*Cuando te fuiste elevando por entre las colinas,  
quedé solo.*

*El primer sueño:  
Lavábamos en el río.  
Miraba el cielo por tus ojos.  
El muro era más limpio al recostar tu espalda.  
La ciudad parecía más generosa.*

*En el primer sueño bailé.  
Con el hambre de Uruk,  
con la pobreza de siempre,  
pero contigo entre los espectadores  
de una ciudad que ahora mismo  
me clava una columna en el costado.*

## Tablilla II

*Me ha sido dada la Memoria,  
diosa terrible,  
hecha con cadáveres de noches que fueron,  
con soles muertos,  
con mares tejidos por númenes deformes.  
La memoria poliédrica, marmórea, oceánica.*

*El primer viaje. La espera.  
¿Qué viste?  
¿Se distingue en la distancia, desde la altura,  
la ciudad como una isla?  
¿Está Uruk, como dicen, rodeada de agua?*

*A tu vuelta supuse que eras mi enemigo.  
Tu corazón bebiendo en la orilla fue una señal.  
Todas las bestias de tu pecho con los ávidos hocicos en el río.  
Hubo regreso esta vez.  
Como una ramera, como una esposa desesperada  
te empujé contra el muro.  
Y tu cuello se alzó ante mí como un roble infinito.*

*Ya sé que mi padre habló del más cruel.  
Y lo eres, Gilgamesh.  
Pero solo en la crueldad absoluta comprendemos  
la esencia de lo amado.*

*Fui tu esclavo, tu lavandero caldeo,  
tu bailarín en las noches de ocio.  
Y ante tu palabra y las tablillas,  
mis piernas eran más tensas y esbeltas,  
mi tórax tan ancho como el Éufrates.*

*Al verdadero enemigo se le ofrece el pecho,  
el cuerpo sin resistencia,  
se le abre el corazón como una fruta.*

### Tablilla III

*El segundo viaje.  
El sueño más largo.  
¿Me escuchas?  
¿Te ha llegado alguna postal desde Uruk?  
¿Aparece aún en los mapas del mundo esta ciudad?  
La misma agua sin tus bestias,  
sin los bueyes de tu seguro abdomen.  
Para ti fue el camino interminable.  
La patria como éxodo.*

*Para mí la siembra estéril  
en un pueblo que no existe.  
Una estabilidad miserable ante paredes, calles, muros  
que ya no son aunque estén.*

*A veces, como un milagro,  
una rama, un roble se asoma entre la piedra,  
y en espejismo vuelve  
tu palabra.*

*Tu discurso, como un cuerpo,  
rebota entre las paredes de Uruk,  
germina en los triglifos arcanos, me roza.  
Y cierro los ojos, tenso el empeine,  
antes de bailar una vez más  
en estos murales proscritos por un dios desconocido. **C***



*S/t, 1965.  
Tinta aguada,  
plantilla  
y acrílico/cartón,  
111 x 93.5 cm*

## Breve inicio del mundo (episodio en tres movimientos)

I  
El mundo había acabado de surgir. Todo era tan nuevo todavía que ni siquiera había anochecido. El mundo entero era un único resplandor. Las horas pasaban, pero el día era siempre el mismo, como si todas las horas fueran una única hora, repitiéndose insistentes en el cielo y en sus confines. Hasta que el cielo comenzó a desvanecerse, y sus confines se fueron volviendo color de fuego, color de monte, color de mar oscuro, y el cielo fue poniéndose parecido a la tierra. Parecido a un oso hormiguero. Primero solo los confines, después el cielo entero del color de la tierra, del color de un oso hormiguero. Al inicio un oso hormiguero rojo, un oso hormiguero dorado, después un brillo más oscuro y más oscuro y todavía más oscuro, hasta que incluso el cielo dejó de ser un oso hormiguero, y en su lugar las estrellas, que antes eran el brillo del cuerpo del oso hormiguero, y en su lugar la luna, que era el brillo del ojo izquierdo del oso hormiguero, entonces solo el brillo del oso hormiguero sin el oso hormiguero. Y la luna no se llamaba luna, y las estrellas no se llamaban estrellas, y ni siquiera la noche se llamaba noche, eran cosas sin nombre, como son todas las cosas que existen por primera vez.

Y los hombres permanecieron allí, en esa primera noche, junto al brillo del cuerpo y del ojo izquierdo de un oso hormiguero. Y los hombres tuvieron mucho miedo, porque el miedo es el segundo sentimiento que acompaña a las cosas sin nombre, porque el primer sentimiento es una especie de asombro, que es lo que surge cuando brotan las cosas por primera vez y todavía no son buenas o malas.

Porque en el instante en que las cosas surgen, todavía no tuvieron tiempo de ser lo que son, y ni ellas mismas saben de su naturaleza. Entonces la noche no era buena ni mala en los primeros instantes, y los hombres abrían extrañas sonrisas. Pero después el tiempo continuó pasando y la noche continuó allí con su ojo y con su brillo de estrellas sin nombre. Y los hombres comenzaron a ponerse aprensivos porque advertían que la noche comenzaba a buscar algo que la sostuviera. Y comenzaron a oír el ruido de animales que hasta entonces no existían. Y los hombres no sabían cuántos animales de dos, cuatro o muchas patas podrían existir dentro de la noche.

Y los hombres sintieron un miedo nuevo aquella primera noche, y pasaron todas las horas que no acababan nunca mirando hacia el brillo y hacia el ojo del oso hormiguero. Hasta que en algún momento el oso hormiguero se durmió y cerró el único ojo. Hasta que poco a poco el brillo del oso hormiguero comenzó a extinguirse, y el cielo fue cambiando de color, y el oso hormiguero desapareció por completo. Hasta que volvió a ser día, como había sido siempre, y los hombres reconocieron eso, y reconocieron el sol y su brillo, que era muy diferente del oso hormiguero. Y el miedo se disipó porque ahora las cosas que habían surgido eran las cosas que tenían nombre y los animales que tenían nombre, y ellos podían verlos con los propios ojos y el propio asombro.

## II

Sucedió muy lejos de allí. Al comienzo no había casas, ni chozas de paja, ni cabañas, ni ranchos, ni cosas que cargaran esos nombres, y la tierra era solo tierra y monte espeso y un río que lo atravesaba. Era una tierra atravesada por muchos ríos que iban y venían en dirección al norte, en dirección al sur, y hacían el ruido que suelen hacer los ríos cuando solo están la tierra y el monte y los ríos. Y el ruido se repite y se repite por días y noches y días, hasta incorporarse al paisaje, hasta volverse un ruido que no existe, hasta volverse una especie de silencio. Porque el silencio es un ruido desde siempre. Porque el silencio es música que nunca cesa. Pero de tiempo en tiempo el silencio se quebraba. La música. Y venían pasos y ritmos y días y noches y días que pasaban. Después los pasos y todo lo demás se iban siguiendo su camino, y todo volvía a ser el momento anterior. El silencio de la tierra y del monte y de los ríos. La música. Hasta que un día, en medio de los pasos y ritmos que atravesaban, alguien se detuvo por algunos instantes y dijo, sorprendido, o apenas como una forma de encantamiento, mire, un árbol, o un río, o un mono, o un oso hormiguero. Alguien dijo mire y todos se quedaron mudos, la música que se instauraba, y quien habló se quedó allí en suspenso esperando respuesta, mientras todos miraban el árbol o el río o el mono. Solo después de un largo tiempo, tal vez días y noches y días, alguien también se detuvo y repitió eso mismo es, un árbol, o un río, o un mono. Hecho eco, hecho una segunda voz, o una especie de respuesta. Y fue cuando algo ocurrió, o terminó de ocurrir. Todos permanecieron allí inmóviles, sorprendidos con lo que habían visto, el árbol, el río o el mono, como si miraran hacia aquello por primera vez, y abrieron una sonrisa extraña, porque el árbol o el río o el mono se habían quedado allí también, inmóviles, como si ellos mismos descubrieran algo. Y



cuando la noche llegó los hombres construyeron allí un lecho para poder continuar mirando hacia el árbol o el río o el mono, y señalando y repitiendo, mire, un árbol o un río o un mono, hecho ritmo, hecho música. Y la noche surgió con su ojo de oso hormiguero y les pareció menos asustadora. Por primera vez, menos asustadora. Y durmieron y soñaron sueños al mismo tiempo extraños y parecidos, como si soñaran todos un mismo sueño, como si cantaran todos la misma música. Como si sonrieran. Y cuando amaneció alguien más dijo, mire, un árbol, o un río, o un mono, y continuaron en aquella extraña sorpresa, como si mire no fuera un imperativo y sí una pregunta. Y permanecieron allí, esperando y repitiendo, y esperando. Hasta que anocheció nuevamente. Y nuevamente el oso hormiguero y el ojo de oso hormiguero, y nuevamente tuvieron sueños extraños y parecidos. Y así se sucedieron muchas noches, y las cosas comenzaron a transformarse, como si el cuerpo y el nombre de las cosas se hubieran vuelto más compactos, más lentos y más pesados. Y como si la música de repente fuera otra, y el silencio fuera otro. Y ellos decidieron entonces construir un techo que los separara de las aves nocturnas y de las estrellas, que también se habían vuelto más lentas y más pesadas y otras. Entonces el tiempo pasó, y el tiempo continuó, y descubrieron que el techo los separaba de la noche, pero también del día y de la lluvia y de las copas de los árboles, y creaba allí una extraña acústica. Y permanecieron allí, alrededor del lecho y del techo y de las hojas que habían esparcido debajo del techo, siempre lentos y pesados y siempre otros, pensando que mañana, mañana sí, partirían.

### III

Primero nació todo. Nacieron las estrellas y los planetas y los ríos y el mar y los monos y los osos hormigueros. Y las cosas continuaron naciendo y naciendo y naciendo y poblando el mundo que todavía era muy grande y no acababa nunca. Y por mucho tiempo las cosas continuaron naciendo y poblando y nunca acabando, hasta que un día o una noche o un día, la primera cosa se acabó. Y a ella siguieron otras cosas y animales, animales de cuatro patas y animales de dos patas, y hasta incluso animales sin patas, y hasta que un día un hombre, animal de dos patas, soltó un grito, que no era grito de mono ni pájaro, era grito de cosa acabando, de hombre acabando, y como ellos no sabían lo que era un hombre acabando, no sabían qué era un grito, ni tenían nombre para designar al grito que venía de un animal de dos patas como ellos, como tantos otros como ellos. Un hombre acabando. Y por primera vez ellos vieron lo que era un hombre que acababa y no nacía más ni poblaba el mundo, el mundo que nunca acababa. Por primera vez ellos oyeron el grito, que era un grito asustador e insistente, por largo tiempo insistiendo, un largo tiempo que nunca acababa de pasar para el hombre que gritaba, para los hombres que oían, y para el propio grito, que por largo tiempo insistió e insistió, hasta volverse ritmo, hasta volverse música. Hasta que poco a poco se fue apagando, disminuyendo, disminuyendo, hasta transformarse en un gemido, hasta transformarse en un gemido largo y cansado, hasta desaparecer. Y ellos vieron por primera vez la primera persona que dejaba de ser una

persona. Vieron el momento en que se dejaba de ser una persona y no sabían qué nombre dar a aquel cuerpo que restaba y que no era nada, solo un cuerpo de dos patas que no se movía más ni emitía sonidos, ni gemidos, ni al menos un susto, ni al menos la inconstancia de la música. E hicieron entonces un círculo alrededor del hombre que dejaba de ser una persona, en tanto del lado de afuera del círculo los niños jugaban con los monos, que también tenían dos patas y continuaban existiendo y moviéndose y gritando. Y los hombres y niños y monos permanecieron allí, del lado de afuera del círculo, por muchos días y noches, al lado del hombre dentro del círculo, por muchos días y noches, y los hombres cantaban y contaban historias y los niños jugaban con los monos y el hombre dentro del círculo no hacía nada. Y el tiempo pasó, y los niños crecieron, y pasaron ellos también a hacer compañía al hombre, dentro y fuera del círculo, y a cantar y a contar historias. Dentro del círculo donde no se despertaba. Fuera del círculo, desde donde se miraba con asombro y fascinación hacia dentro del círculo. Y mientras el hombre dentro del círculo era cada vez menos una persona, su carne comida por otros animales de dos y cuatro y sin pata alguna, y su rostro comido por otros animales era el rostro de alguien que no podría nunca haber tenido un rostro. Hasta que un día alguien se aproximó e, impaciente y con frío y con miedo, lanzó sobre el rostro del hombre un puñado de tierra, porque el rostro de un hombre que había dejado de ser una persona era un rostro en silencio. La tierra que lo separaba de los días y de las noches y de los días, hecho un techo, hecho casa, y se deshizo el círculo y se cubrió al hombre entero de tierra para que finalmente ellos pudieran irse. Y así se deshizo el círculo y todos se fueron. Mientras que, debajo de la tierra, en el lugar de los ojos había ahora dos órbitas, y en el lugar de la boca una cavidad, y de donde había surgido el brillo y la música, ahora apenas órbitas, cavidades, y los animales que se anidaban dentro de ellas. Hasta que todo se convirtiera en un único cuerpo y un único animal. **C**

Traducido del portugués por *Rodolfo Alpizar*

## En una vieja fortaleza militar

Me leyó un poema camino a la parada del autobús. Era una hoja manuscrita, tinta roja. El poema había estallado en sus manos (ella escribió: *A las 3:30 a.m. tu rostro / y la voz hicieron añicos mi sueño...*). Era un poema de amor. Caracteres no tan calmos. Grandes, sin rima, sin pausas. Como bibijaguas. Uno de los versos hablaba de un juramento. Y las bibijaguas de aquel verso traían en las mandíbulas la imagen de un hombre que juró amor eterno solo hasta julio de ese año. Era un poema escrito a principios de febrero. Nuestro destino era una vieja fortaleza militar.

Debo falsamente consignar que ese hombre no era yo (uno nunca se baña dos veces en el mismo río, y una mujer es como un río –y el hombre no es sencillamente el hombre que entra solo una vez al río, sino un canto rodado).

Me leyó el poema al bajarnos del autobús. Yo cuidaba de mantenerla alejada de las hendiduras del asfalto, piedras, del creciente frío de la tarde (febrero casi terminaba). Sabía de la inutilidad de aquel gesto. Porque llegaría el verso donde un hombre jura amar hasta julio del mismo año en que ella leía el poema. Y el verso no solo estaba justo en la mitad del poema. Era el verso central de un poema de amor que estalló en sus manos a las tres y media de la madrugada. Yo todavía no era un canto rodado, sino la bibijagua que marcaba el rumbo hacia una vieja fortaleza militar.

Debo falsamente consignar que ese hombre no era yo (soy muy dado a los rodeos; caminar en la tarde con una mujer hacia una vieja fortaleza militar implica haber urdido un plan, es decir: pensar en pérdidas, ganancias).

Me leyó el poema cuando llegamos al último escalón que nos colocaba en lo alto de un muro. Una fortaleza militar levantada por

españoles en el siglo XVI o XVII no es simplemente una amalgama de piedras y vacíos. Esa construcción mitad temor mitad delirio es además un arma. Y allí, en la vieja fortaleza militar, una mujer, un poema de amor y un hombre no solo contemplaban la tarde con los pies colgando sobre el foso. Porque se miraban, y comprobaban estar a la vista de nadie, y a la vez se preguntaban si era real aquel encuentro entre el pasto quemado y las hormigas bravas.

Debo falsamente consignar que ese hombre no era yo (como tampoco ella la mujer que pudo haber escrito un poema –ella diría no al pasto quemado, las hormigas), de haber urdido un plan no hubiera contemplado tener los pies sobre el vacío.

Me leyó el poema en la parada del autobús. Entre los dos (o entre ella, el poema de amor y yo) se levantaba como un saguaro la imagen de un hombre y una mujer, ambos con solo el torso cubierto, ahorcados a la vista de nadie y sobre un chal, entre el pasto quemado, las hormigas bravas, y a pocos centímetros del foso de una vieja fortaleza militar. Pero un saguaro no es simplemente un cactus. Es un áspero y hermoso poema de amor en el desierto, y solo puede prometer (en un verso) aferrarse a la arena y abrigarte con sus espinas.

Debo falsamente consignar que ese hombre no era yo (como tampoco ella la mujer que escribió el poema), de haber urdido un plan no hubiera contemplado un arma del siglo XVI o XVII mitad temor mitad delirio. **C**



*S/t*, 1965.  
Tinta aguada,  
plantilla  
y acrílico/cartón,  
111 x 93.5 cm

## Tema y variación para marta valdés

*D*onde dije distancia  
pon un río de amor  
y una barcaza dejando su estela  
por el cauto imprescindible  
mientras mis ojos se abisman en los tuyos.

*Escribe mi nombre en la tierra  
al conjuro de los nacimientos,  
deja que el ala del crepúsculo  
pase limpiando la huella del día.*

*Yo que me negaba a todo convencimiento  
ahora voy de tu mano hacia el secreto  
de las cosas que nacen.*

*Donde dije encuentro, no temas,  
es el gotear de las horas, el cerco de los días,  
el peso de la eternidad.*

## A veces

|  
*A* veces he querido saciar la sed en las cajas de agua que  
el poeta vislumbraba al borde del abismo, a veces alguna  
extranjera me conversa un país lleno de dolor, de continuo  
los frondosos árboles del prado le dan otra textura a la tarde,

*algo así como un lienzo una premonición en flandes;  
pero esas son cenizas hueras, que el lector recogerá lejos  
de la calle monte, lejos del desencuentro y el hallazgo,  
palabras que después de los leones que flanquean el paseo,  
no devuelven la mar insomne que tanta muerte tanta vida  
confiesa.*

||

*Se abren las calles como un dolor predestinado, se ha  
inclinado el hombre una y otra vez, en medio de los desmanes  
busca un poco de brisa, nada alivia, ni el amor sediento,  
los astros de la noche no pueden trazar la ruta, se inclina  
como un velero aventado por la amargura, y crecen  
sus sueños y camina y camina más, y vuelve sobre la sabana  
el octosílabo furioso, la existencia que la multitud desconoce. **C***



*Buey, 1964.*  
Grabado,  
895 x 1100 mm